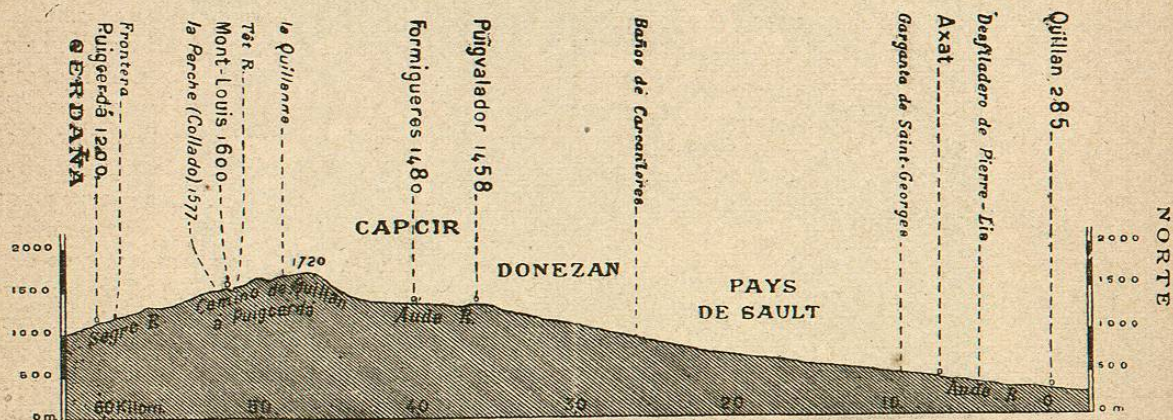


el que realizó más plenamente su papel histórico fué el Bearn. Es imposible imaginar una cuna más propicia que esa cuenca del Gave en la que se sucedieron como centros políticos Nay, Lescar, Morlaas, Pau; la intensidad de los cultivos, la aproximación de las aldeas, esa mezcla de campos de maíz, de islas de álamos, de praderas y de aguas corrientes, bajo un cielo alegre y variado, constituye un cuadro seductor, cuyo marco está formado al Sur por las cadenas cubiertas de nieve. Al Norte se extienden los eriales de Pontlong, pastos de invierno para los montañeses de los valles de Aspe y de Ossau. De este modo se selló naturalmente, en el punto de pasaje, la asociación de la montaña y la llanura; sin embargo, para que el Estado quedara sólida-

co veces mayor la distancia entre los Pequeños Pirineos y las oscuras líneas que al Norte de Brive anuncian la Cordillera central. Y este intervalo aumenta aún hacia el Oeste, de modo que en el espacio circunscrito por los Pirineos y la zona jurásica y cretáceas de la vertiente meridional de la Cordillera ha habido sitio para grandes superficies lacustres que allí se extendieron durante el período mioceno. Cuando desde lo alto de las colinas de Moissac se abarca el vasto horizonte de llanura en donde confunden sus aguas el Garona y el Tarn, la vista se siente atraída hacia el Sur por la serie uniforme y oscura de las colinas de la Lomagne, que son el corte de las mesetas de arcilla y de molasa que en pos de sí dejaron aquellos lagos. Esas colinas se extienden al Este



SECCIÓN DE PUIGCERDÁ Á QUILLAN

La escala de las alturas es cinco veces mayor que la de las longitudes. Esta sección indica por qué resalta la vertiente septentrional descendiendo hasta el nivel de la llanura.

mente constituido fué preciso que se apoderara de la parte del valle del Gave en donde reaparecen las rocas calizas propias para edificar castillos y ciudades fortificadas: este punto, marcado por Orthez, asegura la dominación de los confluente. Así se completó el pequeño Estado feudal y guerrero que no sin pena perdió con Enrique IV su autonomía dentro de la unidad francesa; ningún otro había logrado encarnar mejor, por lo menos durante un instante, esa brillante civilización del Mediodía pirenaico, perla salvada del naufragio en que se hundió desde el siglo XIII, la civilización del resto del Mediodía.

CAPITULO II

EL LLANO SUBPIRENAICO

La llanura por donde corre el Garona, entre los Pirineos y la Cordillera central, es más despejada y más amplia y está formada á más grandes rasgos que las que los Alpes y los Cevenas limitan. Esta región es también una presión definida de un lado por una zona de plegamientos recientes y de otro por el borde de una antigua cordillera; pero entre las dos líneas que la encierran se produce una desviación tal que de ello resulta un tipo de región muy diferente del valle del Ródano. En el meridiano de Carcasona no había más que 50 kilómetros de distancia entre las cadenas pirenaicas avanzadas y la Montaña Negra; en el meridiano de Tolosa es cin-

co veces mayor la distancia entre los Pequeños Pirineos y las oscuras líneas que al Norte de Brive anuncian la Cordillera central. Y este intervalo aumenta aún hacia el Oeste, de modo que en el espacio circunscrito por los Pirineos y la zona jurásica y cretáceas de la vertiente meridional de la Cordillera ha habido sitio para grandes superficies lacustres que allí se extendieron durante el período mioceno. Cuando desde lo alto de las colinas de Moissac se abarca el vasto horizonte de llanura en donde confunden sus aguas el Garona y el Tarn, la vista se siente atraída hacia el Sur por la serie uniforme y oscura de las colinas de la Lomagne, que son el corte de las mesetas de arcilla y de molasa que en pos de sí dejaron aquellos lagos. Esas colinas se extienden al Este

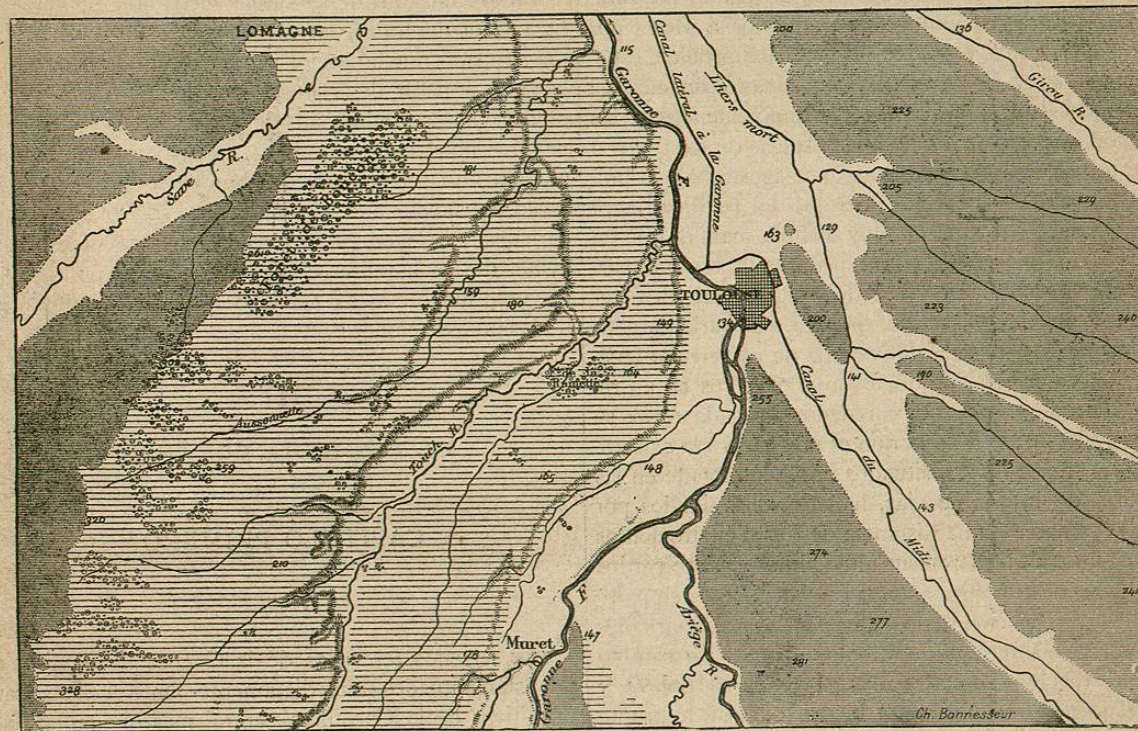
co veces mayor la distancia entre los Pequeños Pirineos y las oscuras líneas que al Norte de Brive anuncian la Cordillera central. Y este intervalo aumenta aún hacia el Oeste, de modo que en el espacio circunscrito por los Pirineos y la zona jurásica y cretáceas de la vertiente meridional de la Cordillera ha habido sitio para grandes superficies lacustres que allí se extendieron durante el período mioceno. Cuando desde lo alto de las colinas de Moissac se abarca el vasto horizonte de llanura en donde confunden sus aguas el Garona y el Tarn, la vista se siente atraída hacia el Sur por la serie uniforme y oscura de las colinas de la Lomagne, que son el corte de las mesetas de arcilla y de molasa que en pos de sí dejaron aquellos lagos. Esas colinas se extienden al Este

co veces mayor la distancia entre los Pequeños Pirineos y las oscuras líneas que al Norte de Brive anuncian la Cordillera central. Y este intervalo aumenta aún hacia el Oeste, de modo que en el espacio circunscrito por los Pirineos y la zona jurásica y cretáceas de la vertiente meridional de la Cordillera ha habido sitio para grandes superficies lacustres que allí se extendieron durante el período mioceno. Cuando desde lo alto de las colinas de Moissac se abarca el vasto horizonte de llanura en donde confunden sus aguas el Garona y el Tarn, la vista se siente atraída hacia el Sur por la serie uniforme y oscura de las colinas de la Lomagne, que son el corte de las mesetas de arcilla y de molasa que en pos de sí dejaron aquellos lagos. Esas colinas se extienden al Este

co veces mayor la distancia entre los Pequeños Pirineos y las oscuras líneas que al Norte de Brive anuncian la Cordillera central. Y este intervalo aumenta aún hacia el Oeste, de modo que en el espacio circunscrito por los Pirineos y la zona jurásica y cretáceas de la vertiente meridional de la Cordillera ha habido sitio para grandes superficies lacustres que allí se extendieron durante el período mioceno. Cuando desde lo alto de las colinas de Moissac se abarca el vasto horizonte de llanura en donde confunden sus aguas el Garona y el Tarn, la vista se siente atraída hacia el Sur por la serie uniforme y oscura de las colinas de la Lomagne, que son el corte de las mesetas de arcilla y de molasa que en pos de sí dejaron aquellos lagos. Esas colinas se extienden al Este

os que los surcan. Así el Ariège y el Hers mantienen durante largo tiempo separadas sus corrientes en la llanura de Pamiers, y en el vasto llano que se extiende sobre Montaubán una enorme aglomeración de esas mantiene separados por espacio de 30 kilómetros al Garona y al Tarn. Estas gravas hallanse cubiertas de bosques, especialmente entre Montaubán y Moissac. De cuando en cuando, repentinas inundaciones recuerdan los deshielos que tales huellas han dejado, bastando al-

suelos diferentes. Un promontorio, recortado en la meseta arcillosa, ha prestado á Montaubán sus cualidades defensivas, y Tolosa se apoyó en una rampa de colinas, fragmento que por casualidad respetaron las escombras del río. La comarca tiene su sello especial, debido á los materiales á que está reducido: los cantos rodados cubren el piso de las calles, y el ladrillo reina en las construcciones y alcanza la dignidad monumental en las torres del Capitolio, en los claustros, en los viejos palacios



SITUACIÓN DE TOLOSA

Hacia Tolosa convergen anchos valles de erosión que han abierto brechas en la meseta de molasa. Uno de estos valles conduce al Mediterráneo y es el que siguen el canal del Mediodía, el ferrocarril y la vía romana: la naturaleza de sus antiguos aluviones indica que ha sido formado por corrientes de agua procedentes de la Montaña Negra. Por el contrario, los restos que obstruyen el valle del Garona son de origen pirenaico y se escalonan en forma de terrazas que el río, inclinándose siempre hacia la derecha, ha ido sucesivamente abandonando. Algunos testimonios respetados por la erosión han proporcionado á los hombres un sitio al abrigo de las inundaciones del río; de este modo Tolosa se ha convertido en mercado central de las mesetas agrícolas que por todas partes se ostentan.

gunas horas, como sucedió en 23 de junio de 1875, para que una ola furiosa llegue desde los Pirineos á Tolosa, y cinco días para que el mismo río, después de haber crecido nueve metros, vuelva á su nivel ordinario.

El Garona, poco sólidamente fijado en el marco de eminencias arcillosas que lo limitan, ha roído considerablemente estos terrenos blandos y sólo en el Agenais, cuando encuentra la masa más resistente de las calizas cuyas cornisas blancas coronan las colinas, su valle, sin dejar de ser ancho, se reduce á dimensiones menos desmesuradas.

El hombre avanza muy tímidamente hasta las márgenes de tales ríos, así es que la parte baja del valle sólo está poblada por algunas casitas de adobes y ladrillos á cuyo alrededor un doble círculo de cantos rodados forma una especie de cinturón. Los burgos, las viejas aldeas y las ciudades, están situadas en las antiguas terrazas ó al pie de las mesetas margosas, adonde se sintieron atraídas, como de costumbre, por el contacto de

y en las iglesias de Tolosa y en la catedral de Albi. Pero Tolosa, á pesar de estar situada junto á un río, es una ciudad completamente terrestre que reina sobre una gran región agrícola.

El trabajo de las aguas de que acabamos de hablar ha sido facilitado por la consistencia relativamente blanda del substracto que han descantillado. En efecto, toda la parte central de la cuenca del Garona está ocupada por un depósito de margas y de molasas (de la época miocena) de origen lacustre ó fluvial. Lo mismo al Norte que al Sur del río, así que el Tarn, el Lot y el Dordogne entran en esta formación, sus valles se ensanchan, y el Alto Armagnac, la Lomagne, el Lauragais y el Bajo Quercy están constituidos por los lóbulos prolongados que esas mesetas dibujan en el intervalo de los ríos. El relieve engendrado por la erosión en este suelo margoso es una protuberancia en forma de pezón cuyos contornos blandos y redondeados se suceden en un plano muy ligeramente inclinado; en las partes de-

primidas se hundan, entre hileras de sauces, arroyos de agua turbia que más que ríos parecen zanjas agrícolas. El suelo, impermeable, es pobre en manantiales, mas como las lluvias no escasean, las granjas ó *bordes* suelen tener en sus inmediaciones charcas verdosas.

Este es por excelencia el suelo nutrico de la región: la disgregación de las margas ha formado lo que se llaman *tierras fuertes*, tierras de pan llevar que desde hace dos mil años no cesan de dar cosechas, y los campos dominan en la fisonomía del país, ocupando las cumbres y las laderas, aunque interrumpidos á veces por bosquecillos. Acá y allá se ostentan los árboles, especialmente en la forma extraña de encinas desmochadas; pero todo está subordinado al campo que, según las estaciones, presenta las doradas espigas de los trigos ó hace brillar las cañas del maíz ó se agosta bajo la polvorienta rubicundez de los rastrojos. La fertilidad agrícola se manifiesta aquí de muy distinta manera que en las llanuras limosas del Norte: pedazos de bosque, parcelas de viña, un trozo de prado y algunos árboles frutales diversifican el paisaje; todo es más variado, pero en más pequeña escala. La ventaja de un terruño fértil que permite recoger productos muy distintos en un reducido espacio, hace que alrededor de cada *bordé* se reúna un poco de todo lo que es necesario á la existencia rural. Estos *bordes*, situados preferentemente en las cumbres de las eminencias, hállanse diseminados por toda la comarca á una distancia de tres ó cuatrocientos metros unos de otros; en sus alrededores críanse cerdos y aves de corral, y entre ellos no se encuentran en parte alguna esos espacios vacíos que en las mesetas agrícolas del Norte se interponen entre los grupos. En cambio las construcciones son, las más de las veces, pobres, y las grandes aldeas, por regla general, escasean lo propio que los castillos. La granja es el tipo fundamental de población de la comarca, el que mejor responde á las condiciones de existencia.

Esta diseminación de vida rural se ha manifestado y mantenido sobre todo en las partes de la región en donde el suelo está constituido por margas y arcillas más bien que por calizas. Con las lluvias de invierno y de primavera, estas *tierras fuertes* se llenan de senderos fangosos con profundos baches; por esto la circulación ha sido difícil en ellas durante mucho tiempo, habiéndose necesitado todo el vigoroso esfuerzo de los grandes bueyes gascones para realizar el acarreo y las labores campestres. De aquí que cada una de estas pequeñas fincas rústicas, mal dotada de comunicaciones, aspirara á bastarse á sí misma, y esta es todavía la impresión que producen ciertas regiones de la meseta que han permanecido más tiempo apartadas de las excelentes carreteras modernas; como por ejemplo el Alto Armagnac ó la *Chalosse*, en los confines del Bearn, con sus oteros, sus focos y sus setos de árboles detrás de los cuales parece atrincherarse cada granja.

La diferencia de costumbres y de género de vida entre los habitantes del Pirineo y los labriegos del llano es profunda: entre los primeros la agricultura continúa teniendo un carácter semipastoril y sus campos todavía están rodeados de grandes espacios llenos de juncos y de helechos, lo que en Bearn se llaman *touyas*. Además siguen practicando la trashumancia á largas distancias y aún se ven rebaños de carneros que desde las eleva-

das regiones de la montaña avanzan hasta los eriales del Norte de Pau. El hombre de los valles pirenaicos es sobre todo un pastor, lo mismo en su patria que «en las Américas» cuando emigra, y cuando vemos la pobreza de sus instrumentos de labranza, acude á nuestra memoria la indignación expresada por Bernardo de Palissy (1). El habitante del Pirineo prefiere á los trabajos agrícolas la vida de movimiento á que le obligan sus rebaños, sus ferias, sus cambios periódicos.

En los aldeanos de las tierras fuertes del llano aliena, por el contrario, un alma de labrador. Allí se ha desarrollado mucho mejor la vida rural que la urbana, la cual, á pesar del refuerzo que recibió en la Edad media con las fundaciones de plazas fuertes ha permanecido subordinada á aquélla. La mayor parte de las ciudades de esta comarca de abundancia y de vida fácil viven del medio que las rodea, pues son los mercados agrícolas y los centros de transacciones en donde con ayuda de los hombres de ley que en ellas pululan, se discuten los intereses ó los quebrantos de los habitantes de las inmediaciones.

III

EL MEDIODÍA OCEÁNICO

CAPITULO PRIMERO

QUERCY Y PERIGORD

Los terrenos terciarios de la Cuenca de Aquitania no están situados inmediatamente junto á las rocas primitivas de la Cordillera central más que en las llanuras de Castres y de Albi, estando separados de ellas en el Quercy y en el Perigord por una zona de mesetas calizas de la época jurásica ó cretácea. Si desde el amplio y rico valle que el Tarn riega entre Gaillac y Rabastens, avanzamos cosa de quince kilómetros hacia el Norte, encontramos una especie de eminencia cubierta de bosques que desde una altura de unos 300 metros domina los vecinos valles: es la pequeña cordillera de la Gresigne, en donde se verifica la separación del Albigeois, del Rouergue y del Quercy. Más allá comienza, en efecto, una faja caliza que, siguiendo una dirección Noroeste, se prolonga hasta Saintonge y las islas y marca el límite septentrional de la Cuenca de Aquitania.

Los caminos que van del Mediodía al Norte ó viceversa han de atravesar esta zona caliza, en otro tiempo seguida en sentido longitudinal por la vía romana que ponía en comunicación Cahors con Perigueux y Saintes. De aquí la importancia histórica que tuvo y de la que son testimonios las muchas ciudades y castillos fortificados que dan á su superficie un aspecto militar y feudal.

Las rocas de las épocas jurásica y cretácea que constituyen la armazón del suelo han conservado generalmente su estratificación horizontal, pero por el desgaste

(1) *Recepte véritable*, 1563: «No podía mirar á los labradores sin montar en cólera al ver la pesadez de sus aperos» (edición An. France, París, Charavay, 1880, pág. 117).

prolongado del tiempo han quedado reducidas al estado de denudación y de esqueleto. En las *Causse*s del Quercy, prolongación atenuada de las del Gevaudán, la superficie está agujereada como una criba, caracterizándose esta comarca extraña por *igues* ó circos elípticos, bolsas ó cavidades cuyas paredes corroidas están tapizadas de arcilla roja y laberintos subterráneos en donde las aguas se acumulan. Hállase este territorio surcado por valles secos, algunos de los cuales están cortados en escarpas soberbias, como esa roca á pico, parecida á las brillantes *Fedriadas* de Delfos, en donde se instaló el antiguo santuario de Rocamadour. Sin embargo, por pobre y árida que sea esta superficie, no por esto carece de cultivos. El aspecto de conjunto de estas *causses* es el de una especie de bosque claro é interrumpido de encinas y enebros que se eleva y se inclina siguiendo las ondulaciones de la superficie. Una grava puntiaguda, resultado de la descomposición de las rocas, forma con un poco de tierra encarnada la epidermis del suelo. Pequeños campos, rodeados de muros de piedra, extiéndense alrededor de los *mas* y dan vida á algunas viejas aldeas.

Los ríos se han abierto paso al través de estas mesetas situadas más bajas que la Cordillera central; el Lot y el Dordoña han cavado profundos meandros entre los despeñaderos rojos y grises que ora se ensanchan formando circos, ora avanzan á modo de espólon sobre el rellano horizontal del valle. Algunos torrentes laterales en seco y algunas rampas en hemiciclo preparan la transición entre mesetas y valles y facilitan el acceso de los caminos. Los valles son hermosos y su fondo llega hasta el nivel de las fuentes por las cuales la meseta restituye una parte de las aguas que había confiscado; estas fuentes tan abundantes y tan puras tenían para nuestros antepasados galos un carácter sagrado, habiendo sido á menudo, como los *Douix* de la Borgoña caliza, origen de una ciudad cual la *Divona*, junto á la que nació Cahors.

Una nueva depresión, una atenuación nueva señala la transición del Quercy al Perigord. En éste encontramos las mismas fajas calizas que en aquél, pero á las empinadas escarpas de las calizas jurásicas suceden rocas corallígenas de la época cretácea, más blandas; vemos también igual sequedad de la superficie, la misma tierra roja ó *caussenal*, idéntico aspecto pedregoso tras una delgada cortina de sotos de encinas; pero las formas son más suaves y á la mayor variedad de la topografía corresponde mayor variedad de cultivos. Poco á poco la *Causse*, al suavizarse, se convierte en *Campña*, y cuando hacia Montmoreau se pasa de Perigord á Saintonge, la transformación queda consumada, alzándose entre valles de un dibujo firme y preciso anchas colinas completamente cultivadas. Siguiendo la cadena que se prolonga en la zona caliza del Quercy á la Saintonge, vemos, por consiguiente, en medio de la fisonomía general que conserva sus rasgos principales, cómo se amortiguan las asperezas, se atenúan los contrastes y la región se despeja á medida que se aproxima al Océano.

Menos imponentes, quizás, que cuando atravesaban las mesetas de las *Causse*s, los valles conservan, sin embargo, y aumentan su amplitud adquiriendo mayor gracia: el Dordoña del Perigord, el Vezere, el Isle y el Dronne bañan verdaderas llanuras risueñas y animadas

que se extienden al pie de rocas cavernosas, no habiendo en ningún otro punto de Francia valles tan hermosos, tan espléndidamente iluminados por el sol ni con tanta variedad de cultivos.

Sir John Lubbock, en un capítulo de su obra *El hombre antes de la historia*, se extasia ante el paisaje de ese valle del Vezere cuyas escarpas llenas de grutas son una colmena de viviendas primitivas, y describe la limpidez de las aguas en los huertos ó praderas limitados por rocas cubiertas de bojes y de carrascas. Era esta una comarca á propósito para las poblaciones primitivas y en ella han dejado huellas los más antiguos rudimentos de arte y de civilización. Pocas regiones hay en donde pueda seguirse mejor la continuidad de la cadena que une las edades de la humanidad: las civilizaciones cuyos primeros bosquejos nos muestra la arqueología prehistórica prosiguieron su desenvolvimiento sobre la base de las mismas condiciones naturales y los establecimientos humanos han persistido en los mismos sitios. Debajo de las grutas la aldea se adhiere á las escarpas y muchas de esas excavaciones han dado origen á capillas ó santuarios, como Rocamadour y Brantome con su oratorio practicado en la peña á la manera de ciertos templos de la India. En Cromagnón (1) y en otras partes, la gruta primitiva se ha transformado simplemente en un sistema de viviendas cuyas puertas y ventanas abiertas en la roca «sugieren la idea de una *Petra* francesa.» Las lozas de caliza que habían servido para erigir numerosos dólmenes en las *Causse*s, se utilizan para la construcción de estas habitaciones redondas de tipo arcaico que recuerdan los *trulli* de la Pulla y que todavía edifican los labriegos del Quercy. En los promontorios que enlazan las sinuosidades de los ríos, en las lazadas cerradas por un istmo, cerca de hermosos manantiales, se instalaron varios *oppida*, algunos de los cuales se convirtieron en ciudades.

Hemos hablado de Cahors, pero ¡cuántas más poblaciones sería preciso citar! Desde lo alto de su peñasco de contextura marmórea, Angulema ve surgir á sus pies, en las praderas, aguas magníficas. Y si á estos recursos locales se agrega la antigua industria del hierro, nacida fácilmente del mineral esparcido en la superficie del suelo, veremos de qué concurso precioso de condiciones reunidas sobre el terreno disponían aquí las sociedades nacientes.

Estas sociedades se engrandecieron en armonía con el suelo. La antropología cree descubrir en los habitantes actuales rasgos de supervivencia conformes con los más antiguos ejemplares exhumados por las excavaciones. Sin embargo, no es dudoso que en fechas muy desiguales pueblos muy diversos vinieron á mezclarse con los primeros ocupantes; pero todos sintieron el ascendiente del suelo sobre el cual se establecieron, y todos cultivaron, acamparon y vivieron como sus predecesores. La originalidad de esta civilización local ha quedado inscrita en la piedra con la duración que ésta imprime á las obras del hombre, y hasta se han conservado en gran parte los antiguos marcos políticos, habiendo asimismo persistido los principales nombres

(1) La caverna de Cromagnón está abierta en las rocas de los Eyzies, en la confluencia del Vezere y del Beune (Véase *Dictionnaire topographique du département de la Dordogne*).